

Escribir para que nos quieran

Hace unos años, ya hacía varias decenas de años, el profesor Moreno Gómez publicó en ^{los celiaños} Papeles de San
Armadans un prontuario con consejos prácticos para los conferenciantes que ^{salían} ~~salían~~ de tournées, un poco como los cómicos de ^{la película de} Bardem iban a dar funciones por las provincias. Se aconsejaba sobre el color del traje, la conveniencia de no abandonar ~~de pronto~~ de prisa la ciudad anfitriona, pero sin quedarse demasiado tiempo y hacerse pesados, e incluso se advertía de que mucho ojo cuando te piden una charla, porque es la manera de pedirte una conferencia por la que quieren ^{pagarte} ~~pagarte~~ poco. Es un documento costumbrista de unos tiempos que ya puedo recordar con lejania ^{por supuesto,} ~~costumbrista~~ y que cada tienen que ver, ~~con el~~ ^{con el} hecho el hecho actual de la visita de un escritor a la ^{ilustre} Universidad de Navarra. Pero, a invitación del que fuera catedrático en Compostela, se me ocurre

dejar aquí un consejo de mi propia cosecha,
que si me parece vigente, y aplicable en cualquier

Hay que llegar preparado para ~~enfrentar~~ las entre-
vistas rápidas ^{de "los medios"}, con un pequeño arsenal de respuestas donde
^{deben} no ~~faltan~~ faltar un par de recursos esenciales, como pueden
serlo la aspirina y el esparadrapo en un botiquín de

urgencia. Es casi seguro que el preguntador — y, mucho

más frecuente, la preguntadora — querrá saber ^{por ejemplo:} "¿Qué es
para usted la poesía." ^{Esto de} Las definiciones gustan mucho.

Y cuando te piden una definición, lo que esperan de ti
es una ingeniosidad. Hay que tener a mano un surtido
de definiciones ^{ocurrentes}.

Aunque un poco menos, también es posible
que te pregunten: "¿Cuáles son los motivos de su vocación?"
"¿Usted, por qué escribe?" Esta es una
cuestión más personal.

muchas veces me la he planteado a mí mismo. Mis
respuestas ~~siempre~~ son diversas, según el estado de ánimo
del momento, pero cada vez — ~~lo~~ decir sin rodeos: a

medida que envejezco — la cuestión se decanta hacia que
"escribo para que me quieran." ^{Ahora lo que lo dice es: "Máquese, copiándose, que lo mejor es la calidad."} No sé si una confesión
así ^{puede} hacerse sin rubor, ~~atendiendo a los resultados~~

~~prácticos puedo pensar que, desde luego, no escribo~~
~~escribo, sino, para instruirme. Escribiendo se~~
~~sobre todo los que contactan con antecedentes~~
~~autodidácticos.~~ ^{agente muchos}

Al final: amor a mis criaturas de ficción (p. ejemplo: al obispo de El apóstolado)
A mis lectores (hypócrita lector), puede que algún día llegue a querer a los editores, y es
verá la perfección. Stevenson, gracias de Vaucluse. S. Juan: a la tarde te examinaré
de amor. Los compañeros de afuera o de la ciudad, el vino de la tarde, fuera de la
Serna
Ver Narcisismo.

~~Tampoco escribo para ver cómo se cumplen una vez más
las reglas de la gramática~~

porque huele a vanidad y narcisismo. Pero a estas
alturas de la película de una vida, lo que a uno le
pide el ~~alma~~ cuerpo, o mejor el alma, es confesarse.
Confieso que mis primeros versos los escribí para que
me quisiera una niña de Bilbao que había venido
a mi pueblo del Noroeste, una ~~Opel~~ de "las frías
del verano" que luego sería ~~el~~ tema recurrente en mi
narrativa e incluso en mi poesía. Confieso que a
mis ^{o catorce} trece años — una precocidad repugnante — enviaba
crónicas al periódico provincial para que me dejaran
entrar ~~de~~ de balde al cine, un mundo donde
el amor reinaba en la pantalla pero también en la
intimidad de las localidades penumbrosas. De
aquel mundo, iniciático para mi carrera de hombre
y de escritor, me gustará contar un poco.

Una mañana, cuando se me estaba acabando

la edad del pantalón corto, llegó el tren correo con
sus sacas de correspondencia, y entre ellas, ^{como cada día,} la saca
prometedora indicaba: "Fuera de Valija". No sé
exactamente ^{lo que eso decir,} pero allí venían los periódicos.
Gran ^{ya casi} ~~Febrero~~ ^{rid,} ~~capital de la República~~ los últimos
de la República, con sus tormentosas
sesiones parlamentarias y sucesos

de sangre y recusados eloquentes que decían "Visado por
la censura". Pero también ^{llegaba} el Diario de León, más próximo,
más íntimo, con asuntos y correspondencias que se entendían
mejor. ^{Aquella mañana que digo)} En el periódico venía un hombre con los dos
apellidos, resplandeciente en ^{letra} ~~tinta~~ de imprenta. Sí,
señoras y señores; esto es algo deslumbrado para quien
tiene la vocación de la escritura. Han pasado muchos
años, se comprende que ver impreso un texto mío no
me produzca ^{ahora} la emoción de ~~aquel~~ aquel bautismo de
sentirme querido. Y, con el amor, la inseparable
secuela de los celos. En Villafrauca del Bierzo
— ya me estaba tardando ^(d) nombrar a mi pueblo —,
mi tío y padrino imprimía en su taller La Parroquia
Bereiana, donde un viejo y respetabilísimo poeta

romántico publicaba sus sonetos, siempre enmascarados
en ~~alguna~~ ^{alguna} orla que los decoraba con un inmenso
prestigio. Yo publicaba ~~en~~ mis primeros poemas en
La Parroquia, pero ^{los misis} mi tío Tomás los ponía sin orla.
Y en el periódico hesnés, mi firma aparecía en letra ^(c)
pequeña al final del artículo, cuando a mi ^{condiscípulo} ~~condiscípulo~~
y también jovencísimo Antonio Lago, el hoy profesor
Lago Carballo, le ^{colocaban} ~~ponían~~ el nombre arriba, destacado
junto al título del artículo, y nada menos que en
El Pensamiento Navarro.

Algo más tarde, descubrí que además de salir como autor en los periódicos podía uno aparecer como personaje, a cuenta de la literatura. En los años cuarenta no había escándalos políticos y financieros que llevar a las portadas, (y no digo que no hubiera materia), y así pudo ocurrir que un diario abriera su primera página, en titulares, con una frase que no voy a olvidar nunca: "Antonio Pereira recibe la flor natural de manos de la reina".

En primera, y con las mismas letras gordas que si Franco inauguraba un pantano. Esto de los juegos florales y pasarlo por alto a la hora del currículum. En mí fue un pecado de juventud, la verdad es que me curé pronto, y después muchas veces: traté de ocultárselo a los biógrafos. Ahora, cuando soy un señor con toda la barba, y ya bien blanca, lo evoco con indulgencia y comprensión. Porque en aquella época, a aquella edad, era maravilloso. Concurrías. Esperabas unas semanas con la natural impaciencia, si había suerte llegaba un telegrama que firmaba un alcalde y, viajabas a una ciudad para un acto donde el poeta premiado era lo de menos lo importante era el mantenedor, con frecuencia un paniaguado que venía a Madrid y enseñando condecoraciones sobre el chaqué. Pero aun así era halagador para el joven poeta, que iba incrementando su carpeta o álbum de recortes, la "pedantoteca". Y en casa te querían más; y las chicas y los convecinos te querían más

6

y espero que ustedes me lo concedan,
Pero claro está, ^{muchos} que uno no ha escrito sólo para eso.
Son ~~devorados~~ años, ^{un millón de folios demasiado abultado como} ~~copiosos folios~~ para ~~justificar~~ tal andadura
con unas anécdotas ~~esenciales~~ personales y quizá triviales.

No sé bien para qué escribo. Trataré de explicar algo sobre cómo
escribo, ^{aportando satisfacciones accesorias,} para ver si en el ~~acto~~ acto mismo de la creación
y en sus consecuencias inmediatas aparecen ^{recompensas} ~~algunas~~ y
calificaciones, ^{que no dejarán de estar venir} ~~probablemente~~ entremezcladas con algunas penas.

Comenzaré con una declaración que hice algún día y
que a algunos les pareció sacrilega. "¿A mí no me gusta
escribir, lo que me gusta es haber escrito?" ~~Carrrrr~~
~~Martin Gaité me lo preguntó~~ muchos: "¿La literatura
hay que amarla, no fingirla amor?" ~~Pues claro que sí,~~
~~señora~~ ^{quería significar} ~~lo que yo le quería decir~~ es la inquietud que
se siente al abordar la escritura, o sea, que jamás
podré decir que yo escribo para darme la felicidad de
enfrentarme con las hojas en blanco. Otra cosa es el
momento

en que incluso en que podemos decir: "¡Ya está, la pueiza está cazada!" incluso se es
a falta de páginas y reflexiones y correcciones. Martin Gaité comió en casa y durmió
la siesta, jamás correspondió a los envíos que le hice de mis libros ni a mis
felicitaciones por sus premios, pero no caigamos en la digresión, impropia de un
escritor de cuentos.

Otra cuestión, es ¿Cuándo y cómo nace la obra en el pensamiento del creador? Algo,
al menor, puedo asegurar desde mi personal aventura: dónde no se produce esta
chispa. El escritor es invitado a una mansión, en la mansión hay un ventanal o una
terracea con vistas, frente al mar o la montaña o el lago, qué propio lo del lago;
seguramente el huésped oír la conminación de, "¡Hala, aquí si que te vas a inspirar!"
Es verdad que a Rilke le iba bien, una princesa lo convidaba al castillo de Duino y el
onsequiado componía las Elegías de Duino. Pero yo, modestamente dudo del
beneficio inmediato de los encuentros con la belleza. Desconfío de ese poema que
tantos poetas componen al salir del quirófano o de una vivencia dramática,

desoyendo la ley muy contrastada de que literariamente las emociones sólo sirven en la seriedad del recuerdo.

Otra bienintencionada aportación de los extraños es la de argumentos para urgentes y, se nos promete, garantizadas narraciones:

"Con la vida de la familia X -acaba de ser despellejada la familia X- te digo yo que escribías todo un bestseller."

Y aun más que para novelas, los episodios para relatos breves:

"Te voy a contar un caso que es talmente un cuento de los que tú escribes, seguro que te vale para un cuento genial."

También esas llamadas pueden venirnos del cine o la televisión, de la música o de la lectura de libros ajenos, de sueños nocturnos confusamente recordados, de flecos de conversación que el azar nos entrega en la calle: "Eso tu madre tenía que habérselo dicho antes de la boda", "Qué va a saber el pobre si le ocultaron los análisis" muchas veces, del periódico de cada día. Ahora mismo, cuando estas confidencias están siendo redactadas en Málaga:

Málaga huele a sol, a mar, la ciudad está brotada de muchachas en flor, y los anuncios clasificados (Cf. El Anunciador de Málaga, 2 marzo 1995, p. 12, qué bien una nota a pie de página, hace erudito.) avisan que una señorita de diecinueve años se ofrece, ¡diecinueve años y malagueña! "ofrécese como maquilladora de difuntos".

El entorno suministra a veces materiales superiores a lo que un poderoso fabulador pudiera inventar. Deberían ser materiales seguros. Y sin embargo...

Para que yo "abra un expediente" --sólo mental; o quizá unas líneas que adelanto sobre un papel de fortuna- ha de acontecer algo, algo no muy claro que intentaré elucidar. Fuera de mí hay una situación, unos hechos, unos seres. Consiguen mi curiosidad, quizá mi atención. Nada. No pasa nada. O sucede al revés, me golpean con mucha fuerza, y tampoco me sirven, desacreditados por la experiencia de que todo lo excesivo es insignificante. Tiene que ser la presión exacta, medida, convincente, que no me derriba del caballo pero me hace vibrar. Yo reconozco esa vibración.

Entonces, puede ocurrir que me ponga sobre las cuartillas. O al contrario, que deje crecer el germen y con él conviva largamente hasta que se haga obsesión que no se puede resistir. Casos hay en que la semilla se pierde para siempre. En otros, uno cree que se ha perdido y mucho más tarde se la siente empujar desde unas raíces

imperiosas.

Cuando escribo, lo hago sentado a mi mesa camilla, que no es redonda, es una infrecuente camilla cuadrada, con el menor número de objetos a mi alrededor, porque donde están las cosas no podemos estar nosotros. Vuelvo a decirlo, el tranco primero de la escritura no es una ocasión feliz. No es algo que a mi me permita decir: lo escribo para esto. Tampoco lo era para el autor de Una vuelta de tuerca-- "El señor James escribe como quien cumple un penoso deber", decía Oscar Wilde --; ni para Rimbaud -- "El literato, ese horrible trabajador" --; ni para Boileau o Flaubert o mi admirado Capote: "Es una vida muy penosa enfrentarse con una hoja en blanco, haría cualquier cosa para aplazarlo para más tarde."

¿Y la inspiración? Si a uno viene a ayudarle la inspiración... Esta señora llama a la puerta o pasa de largo (los franceses la llaman la visiteuse), creo poco en sus gracias. Y a lo mejor prefiero no creer. Porque vaya plan, que lo que uno firma se lo escriba otro, un soplo que viene de arriba, un dictado.

Escribo con pluma, y esto no es declaración anecdótica para curiosos. La pluma enlaza con la mano, la mano con la muñeca donde late la vida, no es entrar en lirismos pero pienso que sólo así escribo con todo mí ser. Cada línea que pongo sobre el papel me aleja del pesar inicial. Sobre todo, si he conseguido el tono. Ahí es nada, el tono. Recuerdo El tambor de hojalata, y no es experiencia de escritor sino de lector. Envidié a Gunter Grass porque transcurridas unas decenas de páginas el novelista había acertado con el tono. En una cama de hospital, con un gran paquete de papel virgen, como allí se dice, y en actitud de desparpajo el narrador poseía el instrumento para contarnos lo que le diera la gana y en tantas páginas como él quisiera

Luego -volviendo a lo mío- de lleno en la tarea, la mayor dificultad no viene de la sequía y la escasez, sino de su contraria, la engañosa abundancia. Escribir es elegir. Al alcance de la mano tienes todas las palabras del diccionario, quizá algunas notas previsoras, las ideas que van viniendo, el rentable mecanismo de las asociaciones de ideas. Pero estas compañías están infestadas de falsos amigos. Sólo el escritor que sabe reconocerlos y apartarlos sale adelante. La elección es el ejercicio del gusto del escritor, lo más auténtico y secreto de su arte. La función creadora podrá continuar con correcciones a posteriori, pero el resultado final se ventila en la autocrítica instantánea, la que se requiere en el momento mismo de la primera redacción. Que es la más genuina fase de la invención de la obra

¿Y el lector? ¿Qué pasa con el lector, vagamente intuido, cuando el escritor escribe?

No diré que me pliegue a sus supuestas preferencias. Pero él está en mi proceso de creación, aunque sea muy al fondo de mi conciencia donde se deja sentir, y esto ocurre porque mi designio es causarle un efecto. Sobre todo si escribo un cuento, el sagrado efecto único que Poe reclamaba para la narración breve.

Pero donde más lo tengo en cuenta -- al "hipócrita lector, mi semejante, mi hermano", dicho a lo Baudelaire --, cada vez más, es en ese empeño de llevar a la página una voz eficiente, capaz de hacerle pactar y entrar en el juego de la credulidad

la credulidad. Seamos mejor que amigos. Le digo al lector, ¡cómplices! Cuentos para lectores cómplices titulé una recopilación, y Ricardo Gullón le puso un prólogo de sabias teorías donde anden en danza Vladimir Propp y Virginia Woolf y Cortázar y los discípulos de Roman Ingarden... Yo tanto no sé, pero esa entente con el destinatario me aparta una dificultad turbadora a la hora de la creación de un relato. Me refiero al grado de confianza que puedan merecerme las entendederas del lector. Quedarse corto o pasarse en la información al lector, esa es la cuestión. En mi libro más reciente de relatos hay una pieza que se llama Los preventivos. Consiste en esto: Un personaje al que no se nombra, pero que tiene el poder y nadie se lo discute, llega cada año a pescar a una villa y se hospeda en el parador. Previamente han llegado de Madrid policías especializados que rastrean todo en previsión de incidentes y por este mismo cuidado, se detiene a los cuatro o cinco opositores al régimen más destacados en la localidad, que permanecen esos días en el cuartel de la guardia civil. La faena se repite año tras año; los guardias del cuartel van entrando en el retiro por edad y son sustituidos por sus hijos; algunos de los opositores se mueren o la vejez los invalida. Pero el personaje, al que nunca se nombra, parece eterno y sigue yendo a pescar con todo su séquito y a hospedarse en el parador. Increíblemente, hay lectores, españoles que no entienden el cuento porque no identifican al personaje. Esto, en lectores extranjeros, se comprende mejor. El libro donde figura ese relato está siendo traducido para su próxima publicación en Francia. He visto un informe detallado de los asesores de la editorial sobre cada una de las piezas, favorables en general. Y les leo a ustedes las tres líneas que se dedican a los preventivos:

"En verdad, no sabría decir lo que ocurre en esta historia. Es elíptica. Cada año, cuando preparan un acontecimiento oficial, detienen a unos cuantos vecinos del pueblo. Es confusa. Está enmarcada en la Guerra Civil."

Esto puedo arreglarlo, naturalmente. Acaso bastaría algún arreglo sutil. Por ejemplo [Pág. 44] pero también de orgullo local cuando irrumpía la comitiva, motoristas, escoltas con sus boinas rojas, presenten armas.

O si se quiere, yendo a lo claro y definitivo: donde dice: Se está bien en el Parador,

pero no me gusta acostarme en la cama con dosel de la suite (cuando están ocupadas las habitaciones corrientes), y es que me da una aprensión histórica, eso de dormir en la misma cama Franco.

Porque ustedes, a estas alturas, seguro que saben que el cuento se refiere a Su Excelencia.

Pero miren, sospecho que me resistiré a dar mayores facilidades.

No recuerdo memorias de Carver sobre su propia creación, pero le conozco dos cuentos (o dos versiones del mismo cuento) sumamente reveladoras del conflicto. En el libro De qué hablamos cuando hablamos de amor se recoge una pieza de diez páginas: El baño.

A punto de finalizar el cuento hay una llamada telefónica, apenas siete líneas, y sólo un lector muy resabiado en este género -- ¡o un escritor de cuentos! -- sabe que quien llama es el pastelero, porque un buen cuentista como Carver no hubiera anticipado gratuitamente lo que se dice al comienzo del relato respecto al pastel de cumpleaños del niño protagonista. El noventa y nueve por ciento de los lectores no lo captan, pienso yo. Es demasiado porcentaje. Y también debió de pensarlo el cuentista, que posteriormente escribe el mismo cuento, pero ahora más explícito (demasiado), ocupando treinta o cuarenta páginas. (Parece una tontería, en el libro que se titula Catedral). Ninguna de las dos narraciones funciona como debiera, por exceso esta última, la primera por defecto.

Pero volvamos, siquiera brevemente, al tema de las correcciones sobre lo escrito, incluidas --con legitimidad-- en el mismísimo proceso creador. "Corregir es crear dominando", declaraba Juan Ramón, aunque también poetizaba su consejo de no excederse en la faena, y perdonen la manoseada cita de "No le, toques ya más, que

así es la rosa." Este moderador consejo para poetas vale mucho para los escritores de cuentos, que unos y otros nos parecemos en minuciosidades, aprensiones e histerismos que seguramente reconocerán los psicólogos, no sé si decir los psiquiatras.

He dicho que el creador se la juega esencialmente en la primera redacción, cuando no actúa sobre materiales preexistentes, solitarios y enfrentados a la nada. Pero insisto también en que su creación continúa hasta que el producto de su arte alcanza al destinatario. Y a veces, ni siquiera entonces se detiene. Pienso en la tentación de las reediciones, en las revisiones, en las posteriores antologías. ¿Cómo resistirse al impulso creador de mejorar lo mejorable? Para Borges "el concepto de texto definitivo no corresponde sino a la religión y el cansancio". Me tienta añadir por mi

cuenta: "y a la soberbia".

(Hay una anécdota plástica. El francés Bonnard, 1867/1947, iba a museos donde se exponía su obra de consagrado, le buscaba las vueltas al vigilante y a escondidas sacaba una cajita con sus trebejos de pintor y pegaba un brochazo clandestino corrigiendo sus propios cuadros.)

Mi experiencia es que corregir consiste, casi siempre, en quitar. Raramente, muy raramente, en añadir. Ahora nuevos sistemas informáticos que permiten el ajustar las páginas. Pero, en las novelas de P. y Janes, quitar. De acuerdo, sí, pero a veces convenía añadir. Imposible. Un rotulador de trazo enérgico puede hacer milagros. Es doloroso. Hay párrafos preciosos, ocurrencias felicísimas en sí mismas, pero que conspiran contra la economía del objeto que estamos construyendo. Si se tiene piedad con esos elementos nonatos uno termina pagándolo...

Corrijo ya en la original versión manuscrita. El recurso se acrecienta en el primer pase a máquina, que hago yo mismo, golpeando sobre una convencional y mecánica Olivetti. Es un trance absolutamente creador. La visión de los caracteres mecanográficos sobre el papel delata redundancias, asonancias indeseadas, promueve matices, que a veces son más que matices. Más tarde, otras manos se encargarán, serviciales, de un pase a mayor limpieza (a triple espacio, por favor) y sobre ese nuevo y descansado instrumento volverá a laborar mi afán; y después, en las galeras, incluso en las pruebas ajustadas y compaginadas, mientras el editor aguante...

Y no me refiero solamente al mero texto de la obra sino a todas esas señas de identidad que habrán de rodearlo. Se crea cuando se decide la dedicatoria, y al señalar aspectos tipográficos, y al disponer el orden en que irán las distintas piezas de un libro.

Alguna vez he visto mejorar un libro milagrosamente con sólo alterar el orden de los poemas o cuentos o capítulos de novela.

Y pura labor de creación es, por supuesto, la del título que campeará para siempre en la cabecera. Simple curiosidad legal: "El título de una obra, cuando sea original, quedará protegido como parte de ella." Art. 10, 2, de la Ley de Propiedad Intelectual.

"ANTONIO PEREIRA / UNA VENTANA A LA CARRETERA" le dio alguna boba aprensión a su autor --era mi primer libro de narrativa--, porque contenía una asonancia... Escrupulo de primerizo, reconozco ahora; aunque sigo haciéndole a Fernández Santos el reproche --o el elogio por su coraje-- que tan amistosamente le dije cuando él vivía: sacar una novela que en su cubierta rezaba: FERNANDEZ SANTOS I EL

HOMBRE DE LOS SANTOS.

De Hemingway todos sabemos que escribió un libro delicioso y deliciosamente rotulado: Paris era un fiesta.

Don Ernesto no necesitó ayuda para crear esos centenares de páginas afortunadas, pero sí para las cuatro palabras del título. Si por él hubiera sido, el libro se conocería bajo alguna de estas insulseces que llegó a manejar: "La vista y el oído", "Las partes que nadie conoce", "Amar y escribir bien"...

En fin algunos gozos, tolerables quebrantos, tal es el claroscuro que me parece haber puesto al aire en estas confidencias sobre mi creación literaria que es como decir sobre mi trabajo, mis trabajos. Releo (y traduzco, sin mayor responsabilidad) a Boileau, tal como en su Sátira II se lamentaba de la dureza de la pluma:

mayor responsabilidad) a • 1mBoileauj tal como en su Sátira rn ~ lamentab~la dureza

"Sin este oficio tan fatal para el sosiego de mi vida mis días plenos de diversión se deslizarían sin envidia: nada más que cantar y reír y otro tanto beber, y cual graso canónigo, a mi gusto y placer, pasar tranquilamente, sin pena ni negocio, la noche en bien dormir, y el día para el ocio."

En resumen, acepto que escribo para que me quieran, pero no me maltrataré hasta el punto de quedar aquí como un egoísta sin disculpa. Porque también escribo por amor a los demás, para querer a los demás.

Creo que a lo largo de mi conferencia he aludido a la edad. Edades una hermosa antología de mi amigo y paisano Antonio Gamoneda, creador de

"Edad, edad, tus venenosos líquidos;

edad, edad, tus animales blancos."

unos hermosos versos, un poco tristes.

Pero con la edad uno se hace más bueno. Stevenson, el admirable "Tusitala", que en samoano significa "el que cuenta historias", fue un hombre mejor en sus últimos años, cuando compartió su vida con los nativos de la isla y escribió para ellos las Oraciones de Vailima. Las escribió para sus convecinos, no para la voracidad de las imprentas, deseosas de lanzar copias y copias del autor ya famoso. Yo no he escrito La isla del tesoro, obviamente, no es que vaya a compararme con el genio escocés.

Pero sí diré que soy más bueno que hace unos años. Soy más amoroso. Quiero a mis lectores, quiero a mis criaturas de ficción, quiero más a mi mujer que por ahí anda, en medio de ustedes en esta aula, les quiero a ustedes, mis amigos de Navarra, puede que cualquier día empiece, incluso a querer a mis editores, y eso sería ya la perfección.

No voy a ponerme místico, pero con la vida y la literatura pienso que hay que estar preparado para esa cita que anunciaba San Juan de la Cruz: "A la tarde te examinarán de amor. Se la oí a un sacerdote poeta en la predicación funeral por un familiar mío querido, y me permitirán ustedes que deje aquí como un homenaje el nombre de ese familiar José Luis Camy, y también el nombre del predicador, el padre Luis Crespo que probablemente anduvo por esta Universidad de Navarra. "A la tarde te examinarán de amor", Cualquier tarde, Y mientras tanto, señoras y señores, muchas gracias.

A handwritten signature in cursive script that reads "Antonio Pereira". The signature is written in dark ink and is underlined with a single, long, sweeping horizontal stroke.